

INTRODUCCIÓN

I

Bajo el paradigma de la ineficacia de una política industrial y la filosofía de que la sapiencia del mercado ordenaría de manera exitosa a los diferentes sectores que integran la economía nacional, el tema industrial en México fue olvidado por la gestión pública, dejándolo a su suerte por casi tres décadas; propiciando la erosión de uno de los sectores industriales más exitosos de América Latina, junto con el brasileño. Como primer y contundente resultado de lo anterior, la industria nacional que existía en México a principios de los noventa desapareció del horizonte económico del país en un rango aproximado del 80%.¹

El descuido sobre el sector industrial no fue solo público. Con la inercia de una orientación gubernamental que abría sin criterios de progresividad y selectividad (como sí lo hizo el modelo asiático) las fronteras de su economía nacional, el sector privado, ante una apertura explosiva e indiscriminada, también renunció a su derecho de defender de manera más exitosa el importante papel que había jugado a lo largo de más de cuatro décadas en el siglo XX; disminuyendo en consecuencia su participación en casi todos los sectores industriales del país. De igual modo, en la idea de estar frente a un proceso global de carácter “natural”, la propia academia, casi en lo general, se olvidó poco a poco de reflexionar sobre las maneras de fortalecer y modernizar un sector que durante 48 años (1934-1982) le dio a México una tasa anual de crecimiento manufacturero del 6.7%.²

¹ Ortiz Waegymar, A. (2010). *México en ruinas*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

² Calva, J. L. (coord.) (2012). *Nueva estrategia de industrialización*. Ciudad de México: Consejo Nacional Universitario, UNAM.

II

La economía mundial evidenció el paso de ser un negocio de bienes agropecuarios a uno de productos industriales cuando en Inglaterra, en 1825, el sector industrial fue más importante que el sector del campo en la composición de su producto económico.³ Al mismo tiempo, podría señalarse simbólicamente que el sector de los servicios empezó a rebasar en importancia al de los bienes industriales, cuando en 1956 los empleados y funcionarios en Estados Unidos superaron en número a todos los obreros del país.⁴ A pesar de que en los siglos XVIII, XIX y XX el mundo económico se asombró ante la importante ola de bienes que trajeron consigo la Primera y Segunda Revoluciones Industriales, en la tercera parte del siglo XX —ante la idea del fin de la manufactura industrial y el arribo de una nueva era post industrial (Daniel Bell, 1973)⁵— en la mayoría de los países occidentales dio inició una sostenida carrera por colocar la fortaleza económica de sus modelos de desarrollo en el sector de los servicios de la inteligencia, olvidando poco a poco la otrora “moda” industrial que les había dado el prestigio de llamarse precisamente naciones industrializadas.

Uno de los resultados de este cambio fue que el porcentaje de la producción y de las exportaciones manufactureras de los países occidentales empezó a disminuir radicalmente; en contraflujo de un sector de los servicios que no paraba de crecer. En cuanto a las prendas de vestir, textiles, equipos de oficina y de telecomunicaciones, la producción y exportación occidental declinó de manera constante a partir de 1955; el hierro, acero y productos químicos lo hicieron a partir de 1973, y el sector automotriz inició su descenso en 1983.⁶ Lo anterior originó, entre otros factores, que la participación del valor global agregado de la manufactura, que en 1985 era del 35%, declinara en 2008 a un 27%; y por el contrario, que en el mismo periodo el sector de los servicios escalara del 59% al 70% del PIB mundial (World Economic Forum, 2012). La industria automotriz es un claro ejemplo de esta transformación de sectores y de actores de la economía mundial, ya que en 1913, por ejemplo, Estados Unidos producía el 75% de los automóviles del mundo con un claro liderazgo en la producción en línea, situación que para 2008 cambió radicalmente al ostentar solamente el 10% de la producción mundial; había pasado el liderazgo de este sector a la República Popular China.

³ Attali, J. (2007). *Breve Historia del Futuro*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad.

⁴ Toffler, A. & Toffler, H. (2006). *La revolución de la riqueza*. Ciudad de México: Debate.

⁵ Bell, D. (1999). *The coming of Post-Industrial Society*. USA: Basic Books.

⁶ Gatt, Networks of World Trade 1978; Gatt, El Comercio Internacional 1985; OMC, Base de Datos Estadísticos, (1993-2006).

El cambio sucedido en la orientación de los modelos económicos de los países occidentales, de pasar de una sociedad industrial a una posindustrial, fue avalado por una dogmática que ante el asombro de una nueva Era tecnológica (Bell, Toffler, Block, Sage, etc.) señaló que este viraje en la composición de la economía y en consecuencia de su fuerza de trabajo, inauguraba un nuevo mundo económico que giraba de la manufactura a los servicios del conocimiento o el trabajo de la inteligencia.

El proceso de desindustrialización llevado a cabo por la mayoría de los países occidentales, incluyendo a México y otras naciones latinoamericanas, además de ser el seguimiento de una percepción pública que se operó con premura y sin medir el impacto de sus consecuencias, se explica también ante el cambio de paradigma económico surgido en los setenta, consistente en la revaloración del papel central del mercado y el abandono de la idea Brettoniana de que el capital, el comercio internacional y el avance de la integración económica podían convivir de manera responsable y armoniosa a través de un pacto estructurado en esquemas de pensiones y seguridad social. De igual modo, ante el abandono de la aceptación (después de las graves turbulencias económico-sociales de la primera mitad del siglo XX) de que el mercado solo era “razonablemente” eficiente y que su eficiencia no garantizaba la igualdad o la justicia del ingreso, se requería de la participación de un Estado responsable.

Junto con el regreso de una ortodoxia de mercado que empezó a dudar de sus compromisos sociales, el proceso de desindustrialización occidental también se aceleró en los setenta y ochenta ante la apertura económica de la República Popular China, que ofreciendo mano de obra barata y sin prestaciones sociales —debido a su crisis social— brindó al capital occidental la oportunidad de regresar nuevamente a los niveles de precarización económica del siglo XIX.

La carrera por lo precario, disfrazada de offshoring; la decisión de los actores económicos occidentales por apropiarse de la plusvalía social asiática a través de bajos salarios y nulas prestaciones sociales; el cambio de paradigma de un modelo económico socialmente responsable por un dogmatismo de mercado; la idea equivocada de que la política tecnológica industrial no importaba, porque los países desarrollados ya habitaban el reino del conocimiento dentro de una nueva Era postindustrial, rompió un “orden” Brettoniano que a la fecha no ha podido reconstruirse de manera sustentable, pero que en su anarquía ha provocado un sinnúmero de decisiones que han dado origen al desorden global y al reacomodo geopolítico y económico que vivimos a la presente fecha. En este sentido, el marcado proceso de desindustrialización que vive México, pero sobre todo su lejanía respecto al desarrollo tecnológico industrial, se derivaron de estas ideas y estas tendencias.

Los grandes beneficiarios de todos estos cambios, como se sabe, han sido los países asiáticos, entre los que destacan de manera significativa los llamados países

de Asia Pacífico, los cuales para 2006 ya dominaban el 70% del valor manufacturero de los países en desarrollo (CEPAL, 2012); y de manera especial China, la cual después de haber interrumpido su presencia en el sector de la manufactura mundial de 1911 a 1970, a partir de los setenta inició un camino ascendente que en 2010 la llevó a desplazar a Estados Unidos como el principal productor de manufacturas del mundo.⁷ Lo anterior le ha dado una posición dominante en un sinnúmero de sectores industriales, donde de acuerdo a la Clasificación Industrial Internacional Uniforme de todas las Actividades Económicas (CIU), China se ubica ya como el mayor productor del mundo en 9 de los 16 sectores industriales más relevantes de la producción mundial; de igual modo que se posiciona como el segundo productor en otros seis sectores (CEPAL, 2012).

III

A partir de mediados de la década de los ochenta, cuando México dio inicio a los cambios estructurales de su modelo económico, sus líneas de transformación se vieron influidas por esta idea del descuido y de la subestimación de la manufactura industrial. De igual modo, el abrupto aterrizaje económico del periodo de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), jugó un papel determinante para justificar la llegada de una nueva estrategia económica que, como ella misma lo aceptó, no consideró importante que el país contara con una política industrial.

De los números de los últimos 30 años se desprende que el sector secundario pasó en promedio del 32% al 26% del PIB y el manufacturero se trasladó del 22.4% al 17.2%; con el agregado de que en los últimos años las maquiladoras han representado más del 50% de las exportaciones manufactureras, lo cual disminuye sensiblemente el resultado final de manufactura. Estos datos contrastan con los obtenidos por otros países emergentes, los cuales han estado incrementando su tasa industrial a niveles del 6% al 12% anual promedio, y aumentando la participación de su sector manufacturero a niveles del 24% de su PIB, como el caso de Corea y del 40% en el de China.⁸ A lo anterior puede agregarse que la disminución del papel de México en la geografía de la industria mundial, puede apreciarse claramente al comparar sus intentos de así-

⁷ Marsh, P. (2012). *The New Industrial Revolution*. Londres: Yale University Press.

⁸ De Maria y Campos, M. (2012). Una nueva estrategia para la reindustrialización y el desarrollo tecnológico de México. En A. Oropeza (coord.), *México 2012. La responsabilidad del porvenir*. Ciudad de México: IJ-UNAM.

milación tecnológica de 1934 a 1982 —donde logró alcanzar un PIB manufacturero anual de 6.7%—contra las políticas económicas instrumentadas de 1983 a 2010 —donde este mismo índice cayó a un 2.4%, o sea, un logro dos veces inferior a su primera etapa industrial. De igual modo, esta erosión puede apreciarse al comparar la capacidad de generación de empleo en el sector de manufacturas, en el que el país de 1951 a 1982 creció a una tasa anual del 3.9%, en tanto que de 1983 a 2010 este índice se cayó casi a un nivel de 0 empleos (0.3%). Lo mismo puede argumentarse si se toma el índice de productividad del sector de manufacturas, donde de 1951 a 1982 se creció a niveles del 3.5%, y de 1983 a 2010 declinó al 2.2%;⁹ derivándose de estos datos un fuerte deterioro del sector secundario del país y un franco proceso de desindustrialización.

La apuesta a la no política industrial, o su simulación a través de una exportación maquiladora disfrazada de manufactura; o su delegación en manos de un mecanismo ciego como el mercado (como dice Octavio Paz); o su renuncia porque ya pasó su tiempo, como dice Bell, canceló un desarrollo industrial por varias décadas que no se detiene únicamente en las plantas cerradas o los empleos no generados, sino que involucra y afecta un sinnúmero de fundamentos del crecimiento. La rama manufacturera, como todo sector económico, trasciende de su propia competencia y se prolonga con sinergia dentro de los demás sectores. El caso del sector secundario, por su propia naturaleza, es un sector puente entre el agrícola y el terciario, como parte de un eslabonamiento virtuoso que nace de la propia Revolución Industrial. Al mismo tiempo, el propio sector genera lo que Pisano llama los “*industrial commons*”, que son el conjunto de habilidades o capacidades que se van desarrollando con la actividad industrial, los cuales dan soporte a temas tan relevantes como la innovación.¹⁰ Cuando para la manufactura, la industria tecnológica, y las capacidades y habilidades que generaban, quedan también bloqueadas o canceladas en una disminución del potencial país en materia de innovación. Al propio tiempo, la actividad de investigación y desarrollo que se realizaba con motivo de dicha actividad industrial, sea por la empresa, la universidad o el Gobierno, con su cancelación o desplazamiento deja de necesitarse o se traslada al exterior, donde sí se hace manufactura. El proceso industrial es cambio constante, es evolución, es mejora continua, es parte de un proceso de intento y error infinito que pone a prueba el talento de los países, que a diferencia de un esquema de maquila, por más abierto que sea, reta a un sector económico social a probar su capacidad y destreza frente a otros competidores exógenos. Es

⁹ Calva, J. L. (coord.) (2012). *Nueva estrategia de industrialización*. Ciudad de México: Consejo Nacional Universitario, UNAM.

¹⁰ Pisano, G. P. & Shih, W. C. (2012). *Producing Prosperity*. Boston, Massachusetts: Harvard Business Review Press, Thomson Press.

una actividad que obliga al ejercicio holístico de las ventajas competitivas del Estado involucrando sus procesos de educación pública y privada; de políticas de energía; de política laboral; fiscal y de comercio; de apoyos de crédito público; de ciencia y tecnología; de infraestructura; de sus políticas macroeconómicas y monetarias; demográficas; entre muchas otras. Por ello la pérdida en México en el transcurso de estas tres décadas ha sido enorme, porque no solo se cayó el porcentaje de participación del sector manufacturero; de manera más relevante se acabó con una cultura industrial de manufactura.

IV

La profundidad de la crisis económica actual, y sus consecuencias en materia de empleo y desarrollo, han motivado que muchos de los países occidentales que se olvidaron de la política industrial hagan una revisión de su importancia y contenido, en busca de un desarrollo complementario. En el marco de esta nueva circunstancia aparece por ejemplo, el ex Primer Ministro de Japón, Naoto Kan, declarando en abril de 2010 que el Gobierno quería crear una nueva visión industrial del país a través de un “Japan Inc.”, a fin de enfrentar las agresivas medidas industriales implementadas por Estados Unidos, Inglaterra, China, Francia, Alemania, etc. En un mismo sentido, el Primer Ministro italiano, Mario Monti, también declaró que “la política industrial dejaba de ser un tabú”, con la idea de enfrentar las políticas industriales implementadas por el Gobierno francés. De igual forma, el Gobierno británico, en consonancia con otras políticas occidentales, creó un Fondo de Inversión Estratégica por un monto de 1.2 billones de dólares para apoyar el desarrollo de las industrias privadas inglesas, principalmente del sector del acero. Por su parte, después de décadas de ascetismo industrial, el Banco Mundial recomendó recientemente a las naciones emergentes que incluyeran en sus modelos de desarrollo la implementación de políticas industriales. Incluso el ex Presidente francés, Nicolas Sarkozy, habló de utilizar una política industrial para mantener los empleos manufactureros del país (World Economic Forum, 2012). Como dice Rodrik, la política industrial está de vuelta.

Después de varias décadas de autismo industrial, el cual generó todo un traspaso de poder económico, tecnológico y laboral de Occidente a Asia, empiezan a vislumbrarse algunas reacciones de ciertos países occidentales que trabajan en el regreso de políticas industriales, a fin de impulsar un crecimiento económico insuficiente y una generación de empleos que no alcanza. Al respecto la ONUDI, con un poco de nostalgia nos recuerda que: “En los siglos ^{VIII} ^{VIII} y ^{XX} los países desarrollados dependían de la manufactura para re-

ducir la pobreza y mejorar la calidad de vida de su población en aumento. Actualmente los países en desarrollo esperan que la industrialización les permitan obtener los mismos resultados” (ONUDI, 2011).

Sin embargo, la historia no se repite, y si bien en la agenda económica de algunos países de occidente empieza a recuperarse el desarrollo de una política industrial en apoyo a sus otros sectores nacionales —la cual se presenta a través de un amplio abanico de alternativas dependiendo del país de que se trate— Jeremy Rifkin nos recuerda que esta agenda deberá tener una orientación cierta hacia un nuevo estadio dominado por la Tercera Revolución Industrial, la cual, junto con el nuevo siglo XXI, está definiendo la nueva producción industrial y la economía del mundo. Que la Revolución Industrial impulsada por el petróleo y por otros combustibles fósiles está llegando a un final peligroso; que el precio del gas y de los alimentos sigue aumentando; que el desempleo continúa siendo elevado; que el mercado inmobiliario está saturado; que la deuda de los consumidores y de los Estados está descontrolada y la recuperación económica será cada vez más lenta; y que para hacer frente a un nuevo colapso de la economía global, la humanidad necesita de una estrategia económica sostenible que nos conduzca al futuro, dentro de la cual deberá insertarse una nueva política industrial que pueda ser exitosa, moderna y sustentable.

V

En este breve marco de referencia del desarrollo de la industria global y de la conducción de la industria mexicana de las últimas décadas, nace la idea de este proyecto editorial, bajo la consigna de que el reacomodo de actores y sectores de un nuevo siglo que comienza, se presenta como la oportunidad de repensar y relanzar una nueva política industrial manufacturera que pueda ser exitosa y sustentable para México en la primera mitad del siglo XXI. Una política industrial que pueda sumarse como un motor más del desarrollo económico del país y ayude en la difícil tarea de generar una cultura tecnológica que multiplique las habilidades y capacidades de la población; que explote los potenciales de invención, asimilación e innovación de una Población Económicamente Activa que, junto con el país, solo podrá aspirar a un futuro económico sustentable a través del desarrollo tecnológico. Lo anterior resulta de la mayor importancia porque estos temas siguen siendo asignaturas pendientes de un modelo económico que no ha tenido la suficiencia para brindar un empleo digno en los últimos treinta años a millones de mexicanos y ha generado que más de un 50% de la población nacional viva en la pobreza y en la informalidad.

El espíritu de este esfuerzo editorial tiene como reto motivar el surgimiento de nuevas políticas y acciones públicas y privadas que se enfoquen hacia la creación de una estrategia industrial del país, la cual tenga entre otros objetivos la recuperación de la tecnología industrial; la manufactura nacional; la cultura tecnológica industrial que les es implícita; subir su participación en el componente económico nacional; multiplicar las habilidades de invención, asimilación e innovación tecnológica; motivar y apoyar el fortalecimiento de la industria nacional respecto a su competencia global. Desde luego, también apoyar la creación de empresas nacionales nuevas y necesarias, y generar más empleo; pero sobre todo, montar al país en un carril de desarrollo tecnológico industrial que se vectorice con los sectores agrícola y de servicios, a fin de darle sustentabilidad al futuro económico de México.

La presente obra se integra con la participación de 29 destacados especialistas que desde diferentes puntos de vista abordan la problemática industrial manufacturera del país, desarrollando un análisis de sus deficiencias y omisiones, así como formulando diversas propuestas para su posible solución. Asimismo, la investigación se estructura a través de cinco capítulos que intentan dar al lector una visión integral del tema; con las limitaciones de espacio que siempre acompañan a este tipo de esfuerzos.

El primer capítulo llamado *“Hacia una nueva visión del desarrollo industrial”*, comprende la investigación de seis especialistas cuyos trabajos pretenden describir los nuevos atributos de una actividad industrial de la manufactura del nuevo siglo. Alicia Bárcena Ibarra, con el trabajo *“México: revolución tecnológica, cambio estructural y política industrial”*, coloca a la política industrial como propulsora de la reducción de brechas; así como fuerza orientadora del progreso técnico en la dirección del triple objetivo de la competitividad, la inclusión social y el respeto al medio ambiente del siglo XXI. Raúl Gutiérrez Muguerra, con el tema *“México frente a sus encrucijadas: reindustrialización y TLCAN en el contexto de la Tercera Revolución Industrial”*, parte del análisis de la problemática del país en el marco de la crisis económica mundial, en relación a las asignaturas pendientes de las últimas décadas—sobre todo en materia de política industrial— para de ahí pasar a la propuesta de modificación o cambio de paradigmas económicos, a fin de garantizar la generación de riqueza y empleos, fortalecer la cohesión social y asegurar la gobernabilidad democrática del país. Víctor López Villafañe, con su estudio *“¿Es posible relanzar una política industrial en el marco global? El caso de México”*, analiza la problemática del periodo industrial de sustitución de importaciones, subrayando los errores y las limitaciones cometidas en dicho periodo, para después detallarnos las prioridades y atributos de una nueva política industrial que debe conducir al país a mejorar su economía a partir de la búsqueda y solución a sus problemas más importantes. Por otro lado, Isaac Minian Laniado desarrolla el tema *“Evaluación de la globalización: contexto para una estrategia de*

industrialización”, a través del cual, al analizar las principales tendencias de las nuevas estructuras industriales internacionales, en el marco de su progreso técnico, realiza una serie de propuestas a países emergentes sobre los atributos de una política industrial moderna y exitosa. Miguel León Garza presenta el tema “*La industria mexicana en los albores de la Tercera Revolución Industrial*”, brindándonos un amplio panorama sectorial respecto a las fortalezas y debilidades de los principales desarrollos del país. Sergio Ampudia Mello explica los atributos y las presunciones de la etapa de una Revolución Industrial que a la fecha no se deja atrapar del todo en su dimensión y cambio permanente; sin embargo, ubica a la innovación como el eje central de la misma, desarrollando su propuesta con el tema “*Tercera Revolución Industrial e innovación: nuevos parámetros para una industria mexicana del siglo XXI*”. El futuro de la Tercera Revolución Industrial no se entiende si se ignoran los atributos de su pasado. “*México en el desarrollo de la Revolución Industrial: evaluación y perspectivas*” de Arturo Oropeza García, contribuye con una visión de largo plazo del tema.

El paso de una Segunda Revolución Industrial a una nueva Era posindustrial o Tercera Revolución Industrial, requiere de la elaboración de los “*Prolegómenos para un nuevo proyecto industrial del país*”, lo que se presenta como el título del segundo capítulo del libro, mismo que se inicia con el estudio de Enrique Dussel Peters, quien nos habla de los “*Retos para una política de competitividad en México: prioridades e instrumentos*”, tocando uno de los temas centrales de todo proyecto industrial, que es la competitividad. René Villareal Arrambide, por su parte, con el tema “*La reindustrialización tridimensional y la política de competitividad industrial*”, nos habla del reto de una nueva etapa industrial del país, subrayando que ésta debe realizarse bajo una visión tridimensional que comprenda los factores: exportador, el de sustitución competitiva de importaciones y el endógeno. En el marco de una política competitiva industrial, Mauricio de María y Campos, junto con Carlos Hernández Torres, con el tema “*Bases de un nuevo paradigma para el desarrollo económico y regional de México*”, formulan una propuesta de industrialización regional, tomando en cuenta la condición de cada estado del país. “*La industrialización como motor de crecimiento*” es un esfuerzo de José Antonio Romero Tellaèche, a través del cual hace un recorrido empírico del cual se desprende tanto la erosión e insuficiencia de los resultados económicos del país, como la importancia del sector manufacturero para resolver y disparar esta insuficiencia. Adrián de León Arias con el tema “*La productividad como condición necesaria para una nueva política industrial*”, nos advierte que toda política industrial que pretenda el crecimiento sostenible deberá estar sustentada en una mayor competitividad y una dinámica de empleo basada en la productividad. Finalmente, al final de este capítulo José Antonio Cerro Castiglione nos detalla los “*Fundamentos esenciales para la construcción de una nueva política industrial*”.

La visión de los dos apartados anteriores se apunala con el tercer capítulo titulado *“Reflexiones generales sobre el modelo industrial mexicano”*, el cual viene a complementar esta propuesta integral de relanzamiento de la política industrial del país. En este nuevo apartado, Francisco Suárez Dávila aborda el importante tema de la *“Reindustrialización y Banca de Desarrollo: hacia una nueva fórmula para el siglo XXI”*, a través del cual toca tanto el desmantelamiento de la Banca de Desarrollo en los últimos 20 años, como la insustituible necesidad de reincorporarla dentro del proceso de reindustrialización de México. José Luis de la Cruz Gallegos, junto con Vanesa Veintimilla Brando, con un análisis empírico de la cadena metal-mecánica –*“Industrialización y la cadena metalmeccánica: una vía para el crecimiento y desarrollo económico”*– fundamentan la relevancia de la manufactura industrial como generadora de empleo y la conveniencia de inversión en este sector económico. María Elena Cardero García nos pregunta *“¿Es posible hacer política industrial en el marco de la Organización Mundial de Comercio y del Tratado del Libre Comercio de América del Norte?”*, y al mismo tiempo que nos guía por los espacios de maniobra que se derivan de estos ordenamientos internacionales, nos recuerda el doble discurso y la violación que practican Estados Unidos y otros países de esta normativa del comercio internacional. Por su parte, Miguel Ángel Rivera Ríos con el trabajo *“México en la economía del conocimiento: análisis de tendencias y orientaciones estratégicas”*, al tocar este tema central del proceso productivo industrial, nos recuerda que México debe profundizar su estrategia para fortalecer las precarias bases de su economía del conocimiento, reconociendo que si bien no es comparable con la de los países desarrollados, su implementación acarreará beneficios patentes al conjunto de la población. Enrique de la Garza Toledo contribuye también con otro de los temas más polémicos del proceso industrial con el trabajo *“Alternativas al modelo maquilador”*, analizando las limitaciones y carencias de un proceso que en cincuenta años no ha escalado hacia mejores niveles de tecnificación y de contenido nacional. Cierra este grupo de propuestas la participación de Víctor Manuel Guízar López, quien con el tema *“La propiedad intelectual y el desarrollo industrial. Casos y experiencias”* brinda un panorama internacional de la invención como motor del desarrollo industrial.

La globalización nos obliga hoy a comparar propuestas con los líderes internacionales del tema a tratar; máxime que en el caso de México, el relanzamiento posible de su política industrial adolece de un antecedente estratégico en los últimos treinta años. Por ello, el cuarto capítulo del libro lleva por nombre *“Estrategias y modelos industriales comparados: enseñanzas al modelo mexicano”*, a través del cual se presentan diversos casos de estudio, iniciando con *“El éxito de la manufactura: lecciones ambiguas de Alemania”*, de Michael Dauderstädt, quien nos brinda un panorama detallado de la estrategia alemana en el tema de su prestigiada política industrial. Salvador Meza Lora, por su

parte, nos refiere sobre la *“Modernización industrial de la República Popular China. Lecciones para México”*, destacando la política pública que ha llevado a China a ser hoy la “fábrica del mundo”. La importante experiencia que llevó a cabo en este sentido la República de Corea, también es reseñada con gran oportunidad por Clyde Prestowitz con el trabajo *“El modelo de producción industrial en la República de Corea y sus posibles enseñanzas para México”*. Mónica Gambrill Ruppert, por su parte, profundiza con gran detalle sobre el proceso de creación de las importantes zonas económicas especiales de China, las cuales han sido fundamentales en la construcción de su proyecto industrial; su investigación se titula: “Evolución de las zonas económicas especiales: su contribución a la Tercera Revolución Industrial ee la República Popular China”. Aparece en este marco de estudios comparados sobre casos industriales exitosos la participación de Badar Alam Iqbal, quien desarrolla el interesante tema *“India en el camino del rápido desarrollo industrial”*.

La ausencia de una política industrial en México y su consiguiente desprotección, ha llevado a que algunos actores económicos que han sido afectados recurran a la defensa judicial de sus derechos económicos, para exigir condiciones de igualdad en el marco de la competencia internacional de manufacturas. De este modo, el quinto capítulo del libro, con el nombre *“Opiniones jurídicas sobre la realidad industrial de México”*, comprende tres aportaciones que analizan y reseñan el importante proceso de judicialización de la defensa de los derechos industriales nacionales. Jorge Ulises Carmona Tinoco, con el tema *“El otorgamiento de la suspensión definitiva en el caso de la industria del acero: consecuencias y perspectivas”*; Alfredo Sánchez-Castañeda con la investigación *“Protección laboral, mercado y comercio. Reflexiones jurídicas a la demanda de amparo del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Metal Mecánica”*; y Héctor Zertuche García con *“El juicio de amparo en la protección de los intereses colectivos. Reseña del amparo interpuesto por los trabajadores de la industria metal mecánica”*, a través de sus respectivas investigaciones y análisis nos brindan un panorama jurídico sobre el proceso judicial de la industria nacional; el cual, en sintonía con los movimientos globales de revaloración de las políticas industriales nacionales, en consonancia con la defensa de derechos humanos de naturaleza económica, registra un avance importante en la emisión de sus resoluciones.

Agradecemos a todos los participantes en esta obra editorial, a los colegas y amigos nacionales y extranjeros, su valiosa participación y apoyo profesional para que su construcción haya sido posible. Su colaboración oportuna y desinteresada fue la base para que su publicación se haya logrado con toda oportunidad.

Nuestro sensible reconocimiento también al director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Héctor Fix Fierro, quien como siempre no escatimó apoyo o con-

sejo alguno para que este libro se haya trabajado de manera interinstitucional, tanto con colegas de diferentes instituciones de México, como con otros estudiosos del tema fuera del país.

Al presidente del Instituto para el Desarrollo Industrial y Crecimiento Económico, Ing. Raúl Gutiérrez Muguera, le reconocemos todo su apoyo para la elaboración de este trabajo; de igual modo que su entusiasmo para que el tema de la política industrial sea insertado nuevamente dentro de la agenda nacional, esperando que los trabajos y propuestas elaboradas por los especialistas que trabajaron en este proyecto, contribuyan a que esto suceda.

La política industrial está de regreso, como dice Rodrik; aunque nunca debió haberse ido de la agenda nacional.

La manufactura importa; por lo que es conveniente la implementación de una estrategia industrial.

Este largo periodo de casi tres décadas sin política industrial ha representado un costo país que en algún momento se tendrá que medir y evaluar. Sin embargo, ante los cambios estructurales que se siguen presentando y continuarán sucediendo en las próximas décadas en el mundo, el momento sigue siendo propicio para reencauzar a México en el esfuerzo de la cultura de la tecnología industrial, de la tecnología de la manufactura. Esta tarea no será rápida ni fácil; retomar un ritmo y un rumbo tecnológico industrial tendrá que pasar por un gran esfuerzo país que deberá involucrar a la responsabilidad pública, la gestión privada y la reflexión académica.

Lo paradójico en este tema es que no tenemos alternativa. Todos los caminos al futuro económico que nos describen los diferentes analistas pasan por la ruta de la tecnología, por el quehacer industrial y la manufactura.

Como señala Innerarity, no es que estemos en un tiempo crítico, sino que el tiempo mismo está en crisis; y abierta o secretamente todos somos conscientes de que los problemas actuales exigen perspectivas de mayor envergadura.¹¹

Esperamos que el esfuerzo de este proyecto, con sus limitaciones y aciertos, se sume a los demás trabajos que han buscado la apertura para reflexionar sobre las ventajas y limitaciones de una política manufacturera-nacional; de una estrategia tecnológica e industrial para el país. Sumados a ellos, esperamos que esto ocurra.

Primavera de 2013
Arturo Oropeza García
Coordinador

¹¹ Innerarity, D. (2009). *El futuro y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.